



## CONGREGATIO PRO CLERICIS

### Ascensión del Señor – B

#### Citazioni di

**Ac 1,1-11:**

[www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9ajjvja.htm](http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9ajjvja.htm)

**Ep 1,17-23:**

[www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9axhhka.htm](http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9axhhka.htm)

**Mc 16,15-20:**

[www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9avvmtp.htm](http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9avvmtp.htm)

Después de los cuarenta días del Tiempo Pascual, durante los cuales hemos estado con los Apóstoles en la presencia del Señor Resucitado, la Liturgia introduce al pueblo fiel en el Misterio de la Ascensión y lo invita a asumir dos actitudes espirituales fundamentales: la alegría y el deseo.

Son actitudes “espirituales”, no porque hagan referencia a una desencarnada interioridad o porque se consigan con el esfuerzo personal, tal vez “psico-meditativo”; no es este el significado genuino y cristiano del término “espiritual”.

Son actitudes “espirituales” porque son un don del Espíritu Santo y, por tanto, están profundamente enraizados en la realidad de la relación con Cristo Señor, Vivo y Verdadero, y requieren de nuestra continua petición en la oración, para poder acogerlos y vivir todo el despliegue de nuestra existencia cristiana. Detengámonos ante todo en la primera: la alegría.

En la Colecta hemos pedido: *«Exulte de alegría la Iglesia, oh Padre»*. La Iglesia se alegra en la Ascensión del Señor al Cielo e invita a sus hijos a unir su voz y su corazón a esta mística exultación. Pero, ¿por qué se alegra la Iglesia? ¿Acaso el Señor no es ahora “invisible” a sus ojos?

Subiendo al Cielo, ¿quizás no nos ha abandonado, dejándonos tristes y solos, como antes de que la Virgen de Nazareth pronunciara su “sí” al anuncio del Ángel? ¿Dónde está ahora Cristo Jesús, nuestra única alegría?

Continúa la oración Colecta: *«porque en tu Hijo que ha ascendido al Cielo, nuestra humanidad es elevada junto a Ti en la gloria»*.

Estamos llamados a la alegría, pues, porque ahora toda nuestra humanidad es “elevada”, en Cristo, junto al Padre. En efecto, puesto que Él ha querido hacerse Hombre por amor nuestro, entrando en la realidad creada, todo lo que “sucede” a la Humanidad de Cristo, nos atañe también a nosotros.

Él recapitula en Sí el entero cosmos y lo “atrae” al Padre Celestial, colocando allí, a los pies de “Su Santo Trono” (*Sal 46*), nuestro destino de gloria, el “resultado” último y positivo al que está llamada nuestra vida. Es tan grande el misterio de semejante predilección, que san Pablo, encadenado por amor a Cristo, exclama: *«Hermanos, [...] comportaos de manera digna de la llamada que habéis recibido»* (*Ef 4,1*).

Hemos sido hechos para el Cielo, para estar en la presencia del Altísimo, como hijos amados desde la eternidad: allá hay un lugar preparado para nosotros, que nos espera y hacia el cual debemos orientar nuestras fuerzas y nuestro tiempo. Ascendiendo al Cielo, Cristo le da a la historia de la humanidad su dirección definitiva.

A los Apóstoles –y a nosotros-, no obstante, no se nos pide permanecer *«mirando al Cielo»*, sino obedecer al mandamiento del Señor: *«Id por todo el mundo y anunciad el Evangelio a todas las criaturas»* (*Mc 16,15*).

No podremos obedecer realmente a esta orden, pretendiendo un titánico e improbable esfuerzo de la voluntad, también porque la voluntad humana, privada del consuelo y de la belleza del Señor Presente, se queda “agotada” por las inevitables fatigas y desilusiones de la vida.

Por el contrario, el Resucitado está aún “más presente”, porque elevando a la diestra del padre su Santísima Humanidad, la ha colocado en el origen mismo de toda la realidad. Ahora, todo Le está presente y, mientras antes la realidad creada reflejaba y nos hablaba de las perfecciones divinas, ahora ella se ha hecho “signo” definitivo

de la Humanidad de Cristo: aquí Él sigue haciéndose presente, con una inconfundible familiaridad.

¿Cómo podemos apropiarnos de esta “familiaridad” de la presencia de Cristo?

La segunda actitud que pediremos en la oración *post Communio*, es el deseo: «*Dios Omnipotente y Misericordioso [...] despierta en nosotros el deseo de la patria eterna*». La familiaridad con Cristo se alimenta con el deseo de Él, y la oración es el ejercicio insustituible para practicarla. Solo en la oración se hace uno capaz de discernir, en compañía de la Iglesia, en los encuentros y en los acontecimientos, su Presencia.

La Eucaristía es el horno ardiente de este deseo, en cuanto es adorada y celebrada con el mayor ardor que sea posible. En Ella, el Señor Resucitado continúa atrayendo el universo hacia Él, colmándolo de su Presencia. En la Eucaristía, Él nos prepara un lugar (cf. *Jn* 14,2).

Pidamos a la Santísima Virgen, la primera que ha participado en cuerpo y alma de la gloria a la que es llamada toda la humanidad, que encienda en nosotros este deseo, que todo sea para la gloria de Cristo y que sólo de Él espere todo verdadero bien y toda alegría. Amén.